

LA PINTURA

POR LA DEFENSA DE LA CULTURA

ORGANO DE LA AGRUPACION DE INTELLECTUALES, ARTISTAS, PERIODISTAS Y ESCRITORES (SECCION URUGUAYA)

Redactor responsable:

ROBERTO IBÁÑEZ — Plaza Libertad 1157

COMISION DE PRENSA:

VITURRIA, JESUALDO, ARZARELLO, IBÁÑEZ, SUÁREZ

Año III - Nº 28

AGOSTO - SEPTIEMBRE DE 1959

PETRONA VIERA

LA FUNCION SOCIAL
(Fragmento de un estudio)

Pero lo que importa ahora es exigir sobre la proyección social de esta pintura de Petrona Viera.

Tanto vale el pensamiento cuando nos movilizó a la acción. Nunca ha existido ni existirá un arte indiferente, que tenga la finalidad en sí mismo, sino que ha tenido como objetivos primarios, dignificar y sublimar la dignidad humana.

El artista es siempre el gran descubridor y el gran dispensador. Conquista y produce, para bien exclusivo de los otros hombres, presentes o lejanos.

En esta hora conflictiva en que lo político oscurece y cibera todo el orden universal, con tantos más esclavos, en los fines sociales del arte.

En este tiempo de las injusticias inculcables, reclamamos, con más urgencia, de cada artista el cumplimiento de su función de hombre; que bote a la calle, que se entrelace con las multitudes en cruz, que nos entregue herramientas para derrocar este mundo basado en la iniquidad o nos coloque en los brazos banderas de luz, para ser alzada frente a los distantes horizontes, como un llamado al corazón de tantos pueblos oprimidos, esclavizados por los dictadores.

La segunda entrega — la más preciosa de Petrona Viera — es el amor a la infancia.

Los niños de esta pintora, ríen y cantan. Son los niños no venciados por la maldad de una sociedad bestial.

La infancia es desconocida, perseguida, adulterada. Pensamos en esta hora crucial, en los niños muertos por los aviones embudados en los cielos de Europa y de China; pensamos en los niños uruguayos — los del campo y la ciudad —

con su drama tremendo de hambre, de frío y de muerte, es decir sin padre, sin amor y sin cultura!

Esos niños son nuestra vejelesca, y lo que mejor define nuestra botanza democrática y la posibilidad de un régimen social, son los niños que están vivos y con la fuerza de millones combatientes sociales.

Prejuzgo, entonces: ¿Por qué esta pintora no fué a buscar niños, al hospital, a los conventillos estropeados de nuestra ciudad, a los niños de la calle de los barrios hu-

mildes y los plató, con sus rostros de hambre, con sus trajes destrozados, con sus manos crispadas reclamando banderas?

Si pintara así, podría ser en lo político disminuyendo o en el documento vital, que vale para la historia o la sociología; pero no para el arte.

Como verdadera mujer pinta a la infancia, no como es para muchos, sino como debiera ser para todos: feliz, despreocupada y alegre.

Y lo hace mejor que de la otra forma brutal y dramática, sus objetivos primarios.

Cualquier espectador que recorra esta exposición, cuando se entrelace a esos dibujos u óleos que recogen felicidad de niños, entregados a los juegos, en campo abierto y bajo limpios cielos, pensará en la infancia perdida: pero comprenderá, después de un largo rato de contemplación, que la infancia nunca se ha perdido irremisiblemente; que el niño está en el fondo de nuestro ser y que comprendamos que se ha despertado y vive en nosotros, en aquel precioso momento en que nos comovimos con el vuelo de una nube, con la gracia del árbol, y cuando frente a tantas injusticias imperantes, tratamos de actualizar nuestros sueños, en la felicidad de otros niños, sin techo, sin pan y sin juguetes, que nos llaman desde los suburbios de nuestra ciudad despreocupada y cruel.

Cuando vemos, además, que Europa se sacroga irremisiblemente a la feroz fatal de una guerra de la cual nosotros no nos salvaremos, pensamos, también, en el extraño presentimiento maternal de Petrona Viera.

Esos dibujos suyos habría que sacarlos a la calle. Y a su amparo, como bajo la mejor de las banderas, todas las madres podrían unirse, para alzar su grito entafañado contra esos cañones preparados por unos pocos dictadores que arrastraron con la flor de la humanidad a los niños que están vivos y con la esperanza; y con los niños que están en el fondo de cada uno de nosotros, y es la alegría, la paz y el bien. ¡Y el deseo de vivir!

Ernesto Pina.



DIBUJO



DIBUJO

Petrona Viera

AIAPE

ÓRGANO DE LA AGRUPACIÓN DE INTELLECTUALES, ARTISTAS, PERIODISTAS Y ESCRITORES
Agosto-Setiembre de 1939

PETRONA VIERA LA FUNCION SOCIAL (Fragmento de un estudio)

Pero lo que importa ahora es inquirir sobre la proyección social de esta pintura de Petrona Viera.

Tanto vale el pensamiento cuanto nos moviliza a la acción. Nunca ha existido ni existirá un arte indiferente, que tenga la finalidad en si misma, sino que ha tenido como objetivos primarios, dignificar y sublimizar la dignidad humana.

El artista es siempre el gran descubridor y el gran dispensador. Conquista y prodiga, para bien exclusivo de los otros hombres, presentes o lejanos.

En esta hora confusa en que lo político oscurece y altera todo el orden universal, aún somos más exigentes, en los fines sociales del arte.

En este tiempo de las injusticias incalificables, reclamamos, con más urgencia, de cada artista el cumplimiento de su función de hombre; que baje a la calle, que se entere con las multitudes en cruz, que nos entregue herramientas para derrocar este mundo basado en la iniquidad o nos coloque en los brazos banderas de luz, para ser alzada frente a los distantes horizontes como un llamado al corazón de tantos pueblos oprimidos, encanallados por los dictadores.

La segunda entrega – la más preciosa de Petrona Viera – es el amor a la infancia.

Los niños de esta pintora, ríen y cantan. Son los niños no vencidos por la maldad de una sociedad bestial.

La infancia es desconocida, perseguida, adulterada. Pensemos en esta hora cruel, en los niños muertos por los aviones enfurecidos en las tierras de Europa y de China; pensemos en los niños uruguayos – los del campo y la ciudad,- con su rama tremendo de sangre, de pecho y de frente, es decir: sin padres, si amor y sin cultura!

Esos niños son nuestra vergüenza; y lo que mejor define nuestra pobreza democrática y la podredumbre de un régimen social, sostenido por el oro y la fuerza de minorías cruelmente egoístas.

Pregunto, entonces: ¿Por qué esta pintora no fue a buscar niños, al tugurio, a los conventillos afrentosos de nuestra ciudad, a los ranchos de lata de las barriadas humildes y los pintó, con sus rostros de hambre, con sus trajes destrozados, con sus manos crispadas reclamando banderas?

Si pintara así, podría caer en lo política disminuyendo o en el documento vital, que vale para la historia o la sociología, pero no para el arte.

Como verdadera mujer pinta a la infancia, no como es para muchos, sino como debiera ser para todos: feliz, despreocupada y alegre.

Y logra mejor que de la otra forma brutal y dramática, sus objetivos primarios.

Cualquier espectador que recorra esta exposición, cuando se enfrente a esos dibujos u óleos que recogen felicidad de niños, entregados a los juegos, en campo abierto y bajo limpios cielos, pensará en la infancia perdida; pero comprenderá, después de un largo rato de contemplación, que la infancia nunca se ha perdido irremisiblemente; que el niño está en el fondo de nuestro ser y que comprendemos que se ha despertado y vive en nosotros, en aquel precioso momento en que nos conmovimos con el vuelo de una nube, con la gracia del árbol, y, cuando frente a tantas injusticias imperantes, tratamos de actualizar nuestros sueños, en la felicidad de otros niños, sin techo, sin pan y sin juguetes, que nos llaman desde los suburbios de nuestra ciudad despreocupada y cruel.

Cuando vemos, además, que Europa se entrega irremisiblemente a la faena fatal de una guerra de la cual nosotros no nos salvaremos, pienso, también, en el extraño presentimiento maternal de Petrona Viera.

Esos dibujos suyos habría que sacarlos a la calle. Y a su amparo, como bajo la mejor de las banderas, todas las madres podrían unirse, para alzar su grito entrañable contra esos cañones preparados por unos pocos dictadores que arrastraron con la flor de la humanidad: con los niños que están vivos y son la esperanza, y con los niños que están en el fondo de cada uno de nosotros, y es la alegría, la paz y el bien. ¡Y el deseo de vivir!

Ernesto Pinto